

cia el bien, consiste en estimularlas si son demasiado remisas, y en moderarlas si son demasiado impetuosas. Para ello:

1° Debemos estudiarnos bien a nosotros mismos para *conocer bien las pasiones que reinan en nuestro corazón* y que inspiran ordinariamente nuestras acciones. Este conocimiento es, con el conocimiento de Dios, el que más importa a nuestra salvación y a nuestra perfección.

2° Hay que *mortificar las pasiones conocidas*, es decir, sustraerlas al imperio del viejo hombre para ponerlas bajo la dirección de la razón y de la fe, reemplazando el objeto malo hacia el que tienden por un objeto sobrenaturalmente bueno, capaz de atraerlas. Nótese que a cada una de nuestras pasiones corresponde en Dios, nuestro fin, una perfección por la cual El mismo se ofrece a nuestro amor y a nuestra posesión: Dios es a la vez Verdad, Bien, Belleza, Grandeza, Bienaventuranza, Reposo, Amor, Poder, etc.

3° Hay que comenzar esta mortificación *desde la más tierna edad, y tan pronto como una pasión se manifiesta*. En sus comienzos, toda pasión es una tendencia débil, que puede ser reprimida y enderezada con leves esfuerzos; pero, dejada a sí misma, esa tendencia se convierte pronto en una fuerza terrible, que puede arrastrar a los últimos excesos.

4° Hay que combatir las pasiones *una por una, con orden, método, perseverancia*, y con la ayuda del examen particular sabiamente organizado.

5° Sobre todo, es muy importante *conocer y dirigir bien la pasión dominante*. Llamamos así a la pasión que, en razón de nuestro temperamento natural, ejerce la mayor influencia sobre nuestra conducta, y de la cual dependen todas nuestras demás pasiones. Imprime a nuestra alma su fisonomía propia, y es la expresión más fiel de todo nuestro carácter.

Nuestra salvación o nuestra perdición eterna dependen principalmente del buen o mal gobierno de nuestra pasión dominante. • Bien gobernada, dirigida hacia nuestro fin sobrenatural, la pasión dominante, con la ayuda de la gracia de Dios, se convierte para nosotros en el atractivo más poderoso para practicar la virtud y avanzar hacia la perfección. • Mal gobernada, la pasión dominante se convierte en el alma de nuestro defecto dominante.

Ejemplos: • la pasión del celo religioso, mal orientada, hizo de Saulo el enemigo encarnizado de Jesucristo y de su Iglesia; y esa misma pasión, bien orientada y sostenida por la gracia de Dios, hizo de él el gran Apóstol de Cristo entre las naciones; • la pasión del amor, desviada hacia las criaturas, hizo de María Magdalena una pecadora pública; y esa misma pasión, sobrenaturalizada y dirigida hacia Dios hecho hombre, hizo de ella una de las mayores santas; • la pasión de las grandezas humanas inspiró a San Francisco Javier una ambición desenfrenada; y la pasión de las grandezas, esta vez sobrenaturales, hizo de él el Apóstol de las Indias, y un prodigio de humildad, de obediencia y de celo desinteresado.

Control de la imaginación y mortificación de las pasiones

La MORTIFICACIÓN EXTERIOR, además del control de los *sentidos externos* y de la *modestia*, engloba también el control de la actividad de los *sentidos internos*, sobre todo la imaginación, y de las *pasiones*, que son facultades sensibles de apetición. Con ello se sigue combatiendo la *concupiscencia de la carne*, en aquellas potencias que le prestan ayuda internamente.

1° Los sentidos internos.

Llamamos *sentidos internos* a las facultades sensibles de conocimiento, que almacenan los datos sensibles percibidos anteriormente. Son dos: imaginación y memoria.

La *imaginación* es la facultad del alma por la que nos representamos los objetos que no impresionan actualmente nuestros sentidos. A la imaginación hay que asimilar la *memoria*, que es la facultad de reconocer lo pasado como pasado, o sea, como ya anteriormente percibido.

La imaginación sobre todo tiene gran influencia sobre todo el compuesto humano, alma y cuerpo: • respecto al alma, le suministra imágenes sin las cuales el entendimiento no puede naturalmente conocer; • respecto al cuerpo, mueve con gran fuerza el apetito sensitivo hacia sus objetos propios, revistiéndoselos de encantos y atractivos.

Puesta al servicio del bien, la imaginación puede aportarnos preciosas ayudas; pero, no dominada, nada hay que tanta guerra nos pueda dar en el camino de la santificación, ya que: • *es causa de disipación y de distracciones*, que hacen imposible la vida de oración y la concentración seria; produce un disturbio y una confusión profundas en el alma: se convierte en «*la loca de la casa*»; • *es además causa de tentaciones y pecados*, porque evoca y entretiene las impresiones peligrosas, anteriormente percibidas por los sentidos externos, y despierta, favorece y sobreexcita todo tipo de pasiones: el orgullo, las antipatías, la ira, la melancolía, la impureza, el egoísmo en definitiva, ya que el objeto ordinario de las fantasías y ensueños es todo lo que halaga al «yo» viciado en sus tendencias predominantes; • *falsea y engaña el juicio*, aumentando o disminuyendo según sus conveniencias lo que le presenta: obligaciones, pruebas, tentaciones, bienes apa-

rentes; • finalmente, *debilita y esclaviza a la voluntad*, que se desinteresa de su deber y le toma disgusto, mientras que se interesa y complace en lo que la imaginación le ofrece.

2º Mortificación de la imaginación.

Cuatro reglas principales:

1º Ante todo, hay que adquirir cuanto antes el *hábito de romper pronta y virilmente con toda imaginación* o todo recuerdo malo, peligroso o propio para suscitar tentaciones, turbar el alma o distraernos del deber presente.

2º Luego, hay que evitar también *los espectáculos y lecturas que exaltan la imaginación* y alimentan las fantasías y ensueños.

3º Además, hay que *ofrecer a la imaginación objetos buenos, serios y edificantes*, en relación con los deberes del momento, a fin de retenerla en ellos.

4º Finalmente, es importante *estar siempre ocupado y darse por entero al deber del momento*, con miras sobrenaturales: es el «*age quod agis*» de los antiguos, que multiplica nuestras energías y disciplina nuestra imaginación, impidiéndole divagar de unos objetos a otros.

3º Naturaleza de las pasiones.

Las *pasiones* son *fuertes inclinaciones o sentimientos muy vivos, que nacen del apetito sensitivo*, y nos empujan hacia lo que creemos ser un bien, o nos apartan de lo que creemos ser un mal para nosotros.

El *apetito sensitivo* es aquella facultad orgánica por la cual buscamos el bien percibido por los sentidos, a diferencia del apetito racional o voluntad, que busca el bien percibido por la inteligencia. Puede subdividirse en: • *apetito concupiscible*, que busca el bien deleitable y de fácil consecución; • y *apetito irascible*, que persigue el bien arduo y difícil de alcanzar.

Toda pasión se reduce al amor. Pero como el amor toma aspectos y nombres diferentes, según las diversas actitudes del sujeto amante hacia el objeto amado, la pasión adopta también formas múltiples. Se distinguen once principales: seis en el apetito concupiscible, y cinco en el irascible.

1º *En el apetito concupiscible*, el BIEN engendra tres pasiones: • *la simple idea del bien, el amor*; • *si el bien está ausente, el deseo*, que es un amor que se extiende a un bien que no se posee todavía; • *y si el bien es poseído ya presentemente, el gozo*, que es un amor que se reposa en el bien poseído. — Por su parte, el MAL (contrario al bien amado) engendra otras tres pasiones: • *su sola idea, el odio*; • *si ese mal está ausente, pero nos amenaza, la aversión*, que es un amor que se aleja del mal que le privaría de su bien; • *y si el mal está presente, la tristeza* o dolor, que es un amor que se aflige de verse privado de su bien.

2º *En el apetito irascible*, el BIEN ARDUO y difícil de alcanzar engendra: • *si el obstáculo parece superable, la esperanza*, que es un amor que confía poseer el objeto

amado; • *y si el obstáculo parece insuperable, la desesperación*, que es un amor desolado al verse privado para siempre de su bien, lo cual le causa un abatimiento del que no logra levantarse. — Por su parte, el MAL ARDUO o difícil de evitar engendra: • *si está todavía ausente, pero parece evitable, la audacia*, que es un amor que emprende lo que hay de más difícil por poseer el objeto amado; • *si parece inevitable, el temor*, que es un amor atormentado por el peligro de perder lo que busca; • *y si ese mal temido se hace presente, engendra la ira o venganza*, que es un amor irritado al ver que se le quitó su bien, y trata de recuperarlo.

Las pasiones, consideradas como inclinaciones hacia la felicidad, vienen del Creador: Dios, al crearnos para ser felices, ha puesto en nuestro ser esa necesidad instintiva, esa sed insaciable de gozo y de felicidad, que es el principio de todas las pasiones.

Por eso, *consideradas en sí mismas*, las pasiones son una energía natural, instintiva, que adquiere su valor moral del objeto al que nos inclinan y del uso que de ellas hace nuestra voluntad libre: utilizadas para el bien serán buenas, y utilizadas para el mal serán malas.

En el *estado de justicia original*, el imperio de la voluntad sobre las pasiones se ejercía sin esfuerzo, de modo que las dirigía fácilmente, según la razón, hacia el verdadero bien.

Pero *después del pecado original*, las pasiones se rebelaron contra la razón y permanecieron en un estado habitual de rebelión: en lugar de estar como naturalmente al servicio de la razón y de la fe, nos empujan a satisfacer al viejo hombre, no considerando más que el bien puramente sensible o grato a los sentidos, y persiguiendo así placeres contrarios a la voluntad de Dios y a nuestro destino sobrenatural. Por eso hay que reprimirlas en sus manifestaciones viciosas, y domarlas y encauzarlas como es debido. Para establecer una comparación, podríamos decir que las pasiones, en el estado de justicia original, eran como animales domésticos y amansados, pres-tándose de buena gana y como naturalmente al servicio del hombre para ayudarlo a tender a su fin; pero después del pecado se convirtieron en fieras salvajes, que hay que domar y sujetar al precio de esfuerzos incansables.

4º Mortificación de las pasiones.

Puesto que las pasiones vienen inicialmente de Dios, y a Dios deben conducirnos, la mortificación no consiste en *suprimirlas*, sino en *dirigirlas y regularlas*. Las pasiones son como energías morales de nuestro ser. Con ellas pasa lo mismo que con las energías físicas (vapor, electricidad, viento, agua, etc.): cuanto más fuertes son, mayores peligros presentan para quien no sabe *dirigirlas y regularlas*, pero más recursos ofrecen también para quien sabe controlarlas y servirse de ellas.

Dirigir bien las pasiones consiste en apartarlas de los bienes falsos y peligrosos que desea el viejo hombre, y orientarlas hacia el único verdadero bien que nos muestra la razón iluminada por la fe, es decir, hacia Dios, hacia el cumplimiento de su voluntad, hacia su mayor gloria. *Regular bien las pasiones*, una vez que han sido dirigidas ha-